

Gilberto Prado

Poeta y profesor en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México, premio nacional de Crítica de Arte Luis Cardoza y Aragón y Premio Internacional de Ensayo Garcilaso de la Vega. Ha estudiado la obra de Sor Juana («Valoración de Primero Sueño»), y las relaciones entre distintos poetas: «Itinerarios literarios: Europa y México. Caminos de ida y vuelta». Su estudio en torno a la poética de Octavio Paz lleva por título *Huellas de Salamandra*. Director de la revista *ArteletrA* y autor de más de 9000 palíndromos. Su último proyecto estudia la narrativa, la poesía y el arte conciso de los palíndromos: *Asombros en la Literatura Mexicana del Siglo XX*.

QUERIDO DIEGO, TE ABRAZA QUIELA. PLIEGUES Y REPLIEGUES DEL AMOR INTRANSITIVO

GILBERTO PRADO GALÁN

¹ En *Historia de amor de un pájaro azul* Carmen Perilli afirma que «La única carta verdadera, escrita por Angelina es la última, la del 22 de julio de 1922, tomada del libro de Wolfe. Poniatowska confiesa no haber accedido a la correspondencia sino a través de la obra del biógrafo. Las once cartas restantes, regularmente fechadas desde el 19 de octubre de 1921 hasta el 2 de febrero de 1922, desplegadas desde la actualidad ficticia como discursos verdaderos, cobran el carácter de fabulaciones. Vita Castro, pintora amiga de Angelina, confirma a Poniatowska la impostura en el relato del biógrafo».

Qué grato es releer libros amados, entrañables. Uno de ellos escrito por la mexicana Elena Poniatowska: *Querido Diego, te abraza Quiela*. Es una obra de intensidad incesante: recrea el ficticio epistolario que tiene como destinatario al expansivo pintor muralista Diego Rivera, escrito por su ex mujer, Angelina Beloff (motejada Quiela), exiliada rusa y también pintora.

En esta aproximación trazaré el recorrido nostálgico experimentado por Angelina, en unos documentos donde la presencia de Diego se ramifica: como artista, padre, amigo, consejero, mentor y amante. Varios son los papeles que la pintora en sus recuerdos atribuye a Diego a la distancia. Y el guiño final es estremecedor de verdad. No diré cuál es para no desmontar el efecto sorpresivo. Avanzaré carta por carta, tranco por tranco, evocación por evocación. Diré en qué estriba la conquista del efecto melancólico (la tristeza de Angelina es, asimismo, la tristeza que experimenta el lector, afectado por el tono y por la desesperación que irriga los capilares de cada misiva).

El espectro temporal de la comunicación va del 19 de octubre de 1921 al 22 de julio de 1922, esto es, diez meses sin tener noticias de Diego Rivera¹. Se trata de un claro caso de amor o deseo no correspondido, amor intransitivo le apodan también. El reclamo de ella jamás es enérgico o destemplado. A lo largo de la correspondencia (no correspondida) el osciloscopio afectivo evidencia un carácter proteico, cambiante. Hay, sin embargo, un común denominador, un sedimento que

atravesara cada una de las cartas frustráneas: la rememoración nostálgica del amado ausente.

En la primera carta percibimos la debilidad de Angelina en contraste con la fortaleza que ella recomienda a Diego. Distinguimos tres elementos o asideros afectivos relacionados con la presencia del pintor cuando vivió con ella: la memoria de los amigos. Élie Faure dice que «París sin Diego está vacío». Y ella agrega: «Imagínate lo que diré yo». El otro elemento es recurrente: aparece y desaparece en las epístolas y tiene que ver con el diálogo respecto de la pintura. Ella reconoce en Diego al maestro y le pide consejos: «He abandonado las formas geométricas y me encuentro bien haciendo paisajes un tanto dolientes y grises, borrosos y solitarios» (p. 9). Ella guarda los papeles donde el pintor ha trazado alguna línea y rinde culto casi fetichista a los pinceles del artista mexicano. La carta cierra con el envío de una fotografía y su dedicatoria esperanzada: «Recibe esta fotografía hasta que nos veamos» (9 y 10 pp.).

La siguiente comunicación ha sido escrita casi veinte días después. Suponemos entonces el gran temple, la reciedumbre anímica de Angelina, quien espera sin fortuna noticias de su ex marido. Notamos el reproche o reclamo sutil en el umbral de la carta: «Ni una línea tuya y el frío no cesa en su intento de congelarnos» (p. 11). En este documento sobresale el recuerdo múltiple de Dieguito, el hijo de ambos, cuidado por unos amigos que poseían una casa con mejores condiciones climáticas. Destaca la evocación de Diego con su hijo y señalamos la transformación del

Querido Diego, te abraza Quiela.
Pliegues y repliegues del amor
intransitivo

GILBERTO PRADO GALÁN

recuerdo en dolor físico en el crepúsculo de la misiva: «Te amo Diego, ahora mismo siento un dolor casi insoportable en el pecho». Y luego la presencia del gendarme que la interroga acerca de su posible locura. La esperanza de que Diego mande por ella renace en la despedida: «(...) que dentro de poco enviarás por mí para que esté siempre a tu lado». El infatigable amor insatisfecho.

La tercera carta evidencia el aumento de la desesperación de Quiela, porque está fechada sólo una semana después, el 15 de noviembre de 1921. Es la misiva del silencio y la autoevaluación². Quiela reconoce ser nadie sin Diego: «después de todo, sin ti, soy bien poca cosa, mi valor lo determina el amor que me tengas y existo para los demás en la medida en que tú me quieras» (p. 17). La pintura esgrime un reclamo metonímico. Quiero decir que se queja del silencio de Diego pero a través de los amigos: «Élie Faure estuvo un poco enfermo y se queja de tu silencio» (p. 16). Se intensifica el recuerdo del hijo perdido e insurge un elemento distinto, distinto aquí pero recurrente después: la presencia del azul bajo diferentes formas, aquí como reflejo del cielo mexicano, «bárbaramente azul» (p. 18)³. El capítulo, por así denominar esta tercera carta, abre con la evocación de la vestimenta de trabajo del pintor mexicano.

Podemos decir, sin exagerar, que la cuarta carta determina esto que aquí denomino el retorno de la esperanza en el regreso de Diego. No hay reclamos ni reproches. Quiela utiliza, para dirigirse a su amado, el diminutivo «chattito». El tono es entusiasta y el común oficio de pintar logra o posibilita (además de la visita al Louvre) que el emocionado corazón se sienta pleno ante la posibilidad del retorno de su amado. Lo siente cerca, a pesar de que el espectro temporal de la ausencia cumple ya cuatro años: «Por primera vez a lo largo de estos cuatro largos años siento que no estás lejos, estoy llena de ti, es decir de pintura» (p. 21). La pintura ha obrado el milagro, mas será un milagro efímero. Entre esta misiva y la anterior han transcurrido sólo diecisiete días.

Quince días después Quiela clama por el milagro de una carta de Diego. Ha caído enferma tras su visita al museo y experimenta una transfiguración, una transformación en Diego: como si al mimetizarse en su amado de algún modo lograra poseerlo, tenerlo cerca, abrazarlo. Urde una vez más el contraste entre el gris cielo parisino y el cielo intensamente azul de México. Y ahora sí, sin ambages, lleva a cabo un triple «chantaje» sentimental:

la mención del hijo, el lamento por no recibir cartas y la mención de la soledad espantosa que experimenta.

Tras una semana de silencio reiterado Quiela escribe en la víspera de la Navidad de 1921. Se trata de una carta que evoca momentos y situaciones compartidos con Diego y que, al final, percibimos cómo se quiebra la voz y el tono se torna sentimental, nostálgico, desesperado. Ella dice que unas cuantas líneas le ahorrarían «días y noches de zozobra». La preocupación de Angelina es real y comprensiva: ahora admite la posibilidad de que Diego posea otra mujer. Sólo quiere saber cómo está. Y lo reconstruye en su imaginario poseído por los ataques de cólera. La posdata de la carta sugiere o propone la aceptación crítica de Diego, la revisión conjetural de un boceto trazado por Quiela: «Faltándome tú, me siento frágil hasta en mi trabajo» (p. 32).

El año termina y la nostalgia acrece. La siguiente epístola está fechada dos días antes de que 1921 cese: 29 de diciembre. La circunstancia intensifica el dolor de la ausencia. Quiela narra su trayectoria como pintora (desde los inicios hasta ese su presente activo) y en el crepúsculo de la misiva expresa la confirmación de su amor por el mexicano: «te amaré siempre, pase lo que pase» (p. 40)⁴. Reaparece el azul como ausencia de color en los ojos, según el decir de Diego citado por Angelina.

La primera carta de 1922 evidencia la reinvención delirante de la figura de Diego, de su presencia, por la pintora rusa, ya francamente sumida en un abismo de sombras crecientes. Corona la carta una frase que entraña un significado tremendo: «Angelina, que no sabes que el amor no puede forzarse a través de la compasión» (p. 49) Algunos amigos le consuelan al comentarle que el correo hacia México es moroso. Mas Quiela sólo pide o suplica unas cuantas palabras. Angelina se plantea en este documento la posibilidad de viajar a México y buscar a Diego. Digamos que se trata de una estrategia narrativa que encontrará, en la nota final del libro, un estremecedor desenlace. El silencio del muralista mexicano es generalizado: no responde a la correspondencia de sus amigos. Esto, por supuesto, no funge como consuelo para Angelina.

Un lapso de quince días y luego la carta donde ella dialoga con un amigo (Zadkin) cercano acerca de Diego y de su manera de ser y de pintar: «abarca todo el espacio, no sabe lo que es el silencio» (p. 52). Quiela cita una vez más el azul: «y todo lo envuelvo en una luz azul, la misma que dices me envolvía cuando

2
Yo digo aquí autodevaluación. Rocio Oviedo Pérez de Tudela, desde otra perspectiva, alude y con razón a «los amores fracasados en los que se hace presente la utilización de la mujer». Y se refiere a las protagonistas de *Tinísima* y *Querido Diego te abraza Quiela*. V. *Los cuerpos del disfraz. Madre o amante. La narrativa de Poniatowska*.

3
Perilli subraya la presencia del azul, en contraste con el gris, en esta obra: «Poniatowska juega con este retrato, aprovechando la fuerza del azul y del gris para caracterizar los estados de ánimo de la rusa, al mismo tiempo que la arma como construcción de Diego que la lleva a la ruptura y al encuentro consigo misma». Cfr. *Historia de amor de un pájaro azul, Querido Diego te abraza Quiela*

4
Carmen Perilli lo dice muy bien: «El deseo de ser amada se transforma en deseo de ser reconocida como artista», *Op. Cit.*



me desplazaba ante tus ojos» (p. 50). Desde la carta que apodó del retorno de la esperanza en el regreso de Diego (cuarta) no habíamos advertido guiños o indicios alentadores. Aquí se logra esa felicidad exigua cifrada en el recuerdo de Diego a través del diálogo y de la revaloración de dibujos del pintor celosamente custodiados por Quiela. Ossip Zadkin alude a una suerte de mexicanización de la pintora rusa. El mundo visto a través de los ojos aztecas de Diego Rivera. Esa mexicanización es, si me apuran, una dieguización progresiva, acentuada por la ausencia.

Diez días después respecto de la anterior misiva Quiela escribe la carta que tiene como centro o almendra la reflexión acerca de Mariевна, una antigua novia de Diego con quien tuvo una hija (Marika). La primera señal de vida que aporta Diego a Angelina es irónica: pide que le lleve dinero a Mariевна. Es irónica, injusta y dolorosa. Quiela elige un intermediario y así evita, para no padecer incontrolables celos, ver a su rival de antaño. Esta petición de Diego provoca el recuerdo de la relación del pintor con Mariевна. En la carta aparecen otros ojos azules y el documento cierra con la metáfora de Angelina como un pájaro que vive entre las manos de Diego. «Pero soy tu pájaro al fin y al cabo y he anidado para siempre entre tus manos» (p. 58).

La carta fechada el 2 de febrero de 1922 es la más larga y, me parece, marca la transición de la actitud sentimental de Quiela respecto de Diego Rivera: va del seco reproche a la resignación. Una resignación al modo unamuniano, entendida como «libertad absoluta». Inicia con la finta de la carta mexicana recibida (enviada por el padre de Diego que es como un padre para Angelina). Retrata a Diego preocupado por el advenimiento del hijo al mundo, a un mundo injusto, áspero, duro, inhumano. Detalla la deplorable muerte del poeta Apollinaire. Plantea, además, la posibilidad de viajar con el pintor a México: «Yo hubiera zarpado contigo, pero no había dinero más que para un solo boleto» (p. 62). Y en esta misiva recuerda los momentos dichosos y sufridos vividos junto a Diego, el pintor que le decía, conmovido, emocionado: «De tan pálida, eres casi translúcida, puedo verte el corazón». Ese corazón vibrante de melancolía mortal por la ausencia de la figura amada. En esa comunicación contrasta la vida en Europa y en América y recuerda, asimismo, el primer contacto con Diego. Resalta, en el crepúsculo, una frase consolatoria: «Juntos afrontamos la

vida y así pasaron diez años, los mejores de mi vida. Si se me concediera volver a nacer, volvería a escoger esos diez años, llenos de dolor y de felicidad que pasé contigo, Diego». Y luego la mención del pájaro azul, el color que funge como motivo persistente durante la correspondencia íntegra. Y la reduplicación o repetición en contacto del vocativo: «Diego, Diego, Diego a quien tanto amo» (p. 68).

Tras la carta de recapitulación transcurren seis meses de silencio. Y luego leemos la final, la que cierra el magnífico libro de Elena Poniatowska. Es una misiva breve, contundente e irónica: «tal vez esta carta vaya resultando demasiado larga» (p. 71). Quiela sabe ya del amor mexicano de Diego y alienta o alberga aún esperanzas: «Ahora sé, por Élie Faure de tu amor mexicano, pero mis sentimientos por ti no han cambiado» (p. 70). Reconoce y agradece la ayuda económica del pintor y remata con una pregunta incisiva y machacona: «P. S. ¿Qué opinas de mis grabados?».

Sabemos, gracias a la página final, que Quiela viajó a México para provocar un encuentro con Diego. El desenlace es terrible: «Cuando se encontraron en un concierto en Bellas Artes, Diego pasó a su lado sin siquiera reconocerla» (p. 72). Ella no quiso molestarle. El amor incomprendido agudizaría los últimos días de la pintora rusa. Y esa correspondencia, dolorosa, desesperada y nostálgica, ha sido recreada con mano experta por una de las principales escritoras mexicanas del siglo pasado.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Adriana Hernández Sandoval, *Caleidoscopio crítico de literatura mexicana contemporánea*. Miguel Ángel Porrua / *Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (TEC)*, 2006, 432 pp.
- Rocío Oviedo, «Los cuerpos del disfraz. Madre o amante. La narrativa de Elena Poniatowska»: <http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/16-1/oviedo.pdf>
- Nora Pasternac, et al., *Escribir la infancia: Narradoras mexicanas contemporáneas*, Colegio de México, 1996.
- Carmen Perilli, *Historia de amor de un pájaro azul. Querido Diego te abraza Quiela*: http://www.filo.unt.edu.ar/centinti/ieiela/revista_telar/revistas/1/5.pdf
- <http://www.ohiolink.edu/eted/send-pdf.cgi?miami1101364954>